El legado de los dioses

Azay R.

EL LEGADO DE LOS DIOSES

Azay R.

avant editorial

Primera edición, abril de 2026
© Azay R., 2026

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com)

Diseño y Edición:
Avant editorial
Avenida de Londres, 6, Portal 1, Atico A,
28500 Arganda (Madrid)
www.avanteditorial.com
info@avanteditorial.com

ISBN: 979-13-88206-04-7
THEMA: FM - FMB
DEPÓSITO LEGAL: M-13449-2026

PRÓLOGO

Dos hermanos, dos seres mutuamente odiados y amados. Con cada hermano, una creación. La de uno: fuerte, pura en esencia, simple, perfecta a ojos de su creador; a ojos de su hermano, vulgar. La de otro: racional, libre, compleja, perfecta a ojos de su creador; a ojos de su hermano, cruel.

Ambos hermanos acordaron una convivencia de sus creaciones. No de paz, sino de equilibrio. Pero el equilibrio…, el equilibrio es un concepto frágil; y, pronto, cada hermano deseó más para sus hijos.

En un lugar finito, para crecer de un lado, se debe perecer en otro. El equilibrio se rompió, las creaciones quisieron más para sí mismas y, en nombre de sus hacedores, colisionaron.

Finalmente, los hermanos, que habían estado siempre por encima de sus hijos, cayeron para elevarlas. Incapaces de convivir, las creaciones fueron separadas en lugares distantes, inalcanzables entre ellos. Lugares que, con el sacrificio de los sus creadores, deberían permanecer puros. Aunque la pureza…, oh…, la pureza es inalcanzable.



CAPÍTULO 1

ALBA

—¡Izquierda!, ¡derecha!, ¡finta!, ¡estocada! Bien, eso es. Continúa así, y algún día serás un gran guerrero —admitió Alither, maestro de armas.

El patio estaba abierto al cielo. Un suelo de planta cuadrada y desnudo sobre el que practicar se encontraba rodeado de columnas. Tras ellas, un primer y un segundo piso con puertas al interior de los edificios servían como pasillos por los que caminar.

Como cada mañana, con los primeros rayos del alba, el maestro de armas se encontraba en el centro frente a un niño. El crío de diez años permanecía en posición de combate, con la guardia alta y los ojos grises atentos. Aunque, quizás, no eran los ojos descoloridos lo que más destacaba de él, sino su blanca cabellera despeinada que caía hasta casi los hombros.

—¡Ja! ¿Has visto? —gritó con alegría el niño—. Ándate con cuidado, viejo, Cualquier día de estos te venceré.

—No con ese juego de pies, te mueves menos que un roble —se burló Alither, de cabellera canosa y peinada hacia atrás, a la que acompañaba una barba de igual tono grisáceo—. Además, hasta que no levantes más de metro y medio del suelo no podrás vencer ni a un mozo de cuadras.

El pequeño frunció el ceño, enfadado por la ofensa, y cargó contra su maestro gritando con la espada en alto. Alither levantó una ceja, contemplando cómo el joven espadachín corría hacia él. Cuando estuvo lo bastante cerca, desvío la espada con la suya e interpuso el pie en la carrera del niño, que cayó contra el suelo con la tripa por delante.

—Y recuerda —el maestro extendió su mano para ayudarlo a incorporarse. Pese a su edad, el porte de Alither, acompañado de una

cicatriz en su ojo derecho, era realmente imponente—, nunca dejes que tu adversario te provoque, debes centrarte en el combate.

Unos aplausos que provenían del balcón de la segunda planta surgieron acompañados de una voz tan grave como cálida.

—¡Bravo! Ha sido una demostración de lo más didáctica —reía el hombre, de aspecto portentoso y cabello corto y castaño. Unos rasgos duros y marcados, cubiertos por una barba cerrada, contrastaban con unos ojos dóciles.

—¡Padre! —sonrió el crío—. ¿Qué haces aquí?, ¿no tienes que patrullar las calles?

—Hoy he decidido tomármelo como descanso. Además, ¿es que ser capitán de la guardia no tiene ninguna ventaja? —preguntó de manera retórica—. Venga, pequeño guerrero, vayamos a ver a tu madre.

Niven sonrió y recogió apresurado su pequeña espada para subir corriendo las escaleras y reunirse con su padre.

—Gracias, Alither —se dirigió el crío hacia su maestro desde el balcón—. Nos vemos mañana con una nueva lección.

—Hasta mañana, joven guerrero —respondió Alither, que después se dirigió hacia su padre y, agachando la cabeza, se despidió—. Adiós, Ilyos.

Ilyos sonrió hacia el maestre y asintió. Tras ello, abandonó el patio con la mano en la espalda de su hijo.

CAPÍTULO 2

LUMEN

La ciudad de Lumen se encontraba en un valle rodeado de pronunciadas montañas por todos los flancos salvo por uno, el único que se encontraba amurallado y donde se situaba la única entrada a la ciudad. Su situación entre elevaciones provocaba que numerosos riachuelos atravesasen la ciudad antes de seguir su curso hacia las afueras, sirviendo además como sistema de alcantarillado.

La disposición de Lumen era sencilla pero elegante: en el lado opuesto a la entrada principal, y con la espalda cubierta con las montañas, se encontraba el palacio, junto con las residencias de alta clase y nobleza, donde Niven vivía gracias al hecho de que su padre fuese el capitán de la guardia. La estructura de la ciudad era muy similar a la de un cuerpo humano, con una avenida principal que ejercía de columna vertebral y unía el palacio con la puerta de la muralla. Desde la columna vertebral se extendían hacia los laterales las calles secundarias que se asemejaban a las costillas, donde se encontraban la mayoría de los negocios y viviendas. Finalmente, pequeños callejones unían estas avenidas secundarias, dando hogar a los lugares más oscuros y desconocidos de la ciudad y donde habitaba la gente menos adinerada.

El sol brillaba sobre las calles de Lumen. A Niven siempre le había gustado la llegada de la primavera porque los puestos de flores emanaban un olor que llenaba toda la ciudad y conseguía sobreponerse al de los orines y vómitos de la noche anterior. Lumen era la capital del Dominio de Annan y, como tal, era el principal punto de interés. Las calles se encontraban bastante abarrotadas la mayor parte del tiempo, aunque en ningún momento se dificultaba el paso y los transeúntes y los vendedores llenaban el ambiente con sus conversaciones.

—¿Cómo van los entrenamientos? —preguntó Ilyos a su hijo mientras caminaban.

—Creo que bien —respondió Niven—. Alither es un gran maestro. —Niven se rascó la cabeza, pensante—. Nunca te lo he preguntado, ¿hace cuánto que os conocéis?

—¡Ja!, mucho antes de que tú vinieses a este mundo, Alither ya estaba impartiendo lecciones. Cuando yo apenas era un muchacho él ya era la mano derecha del que por entonces era el capitán de la guardia. Con el paso del tiempo forjé una gran amistad con él y, a medida que fui ascendiendo de rango, fuimos compartiendo muchas historias juntas. Al final, tal era nuestra amistad que, cuando creciste, se ofreció a entrenarte personalmente.

—Pues yo creía que era porque ya era demasiado mayor para combatir con los mayores, ¡a veces hasta dice que le duele la espalda!

—No te fíes de la edad, Alither es uno de los mejores guerreros que conozco, si no el mejor.

—¿El mejor? ¿y qué hay de ti, papá? Estoy seguro de que tú podrías ganarle. —Niven dejó de mirarse a los pies para mirar arriba hacia su padre—. ¿No? Tú eres el capitán de la guardia, y él no lo fue.

—Bueno —rio su padre—, espero no tener que descubrirlo nunca. Alither podría haber sido capitán de la guardia, pero nunca ha disfrutado del poder y la responsabilidad que hubiese implicado.

Pasaron un rato caminando en silencio, observando lo que ocurría a su alrededor. Llegaron a una de las avenidas secundarias donde trabajaba su madre. Como cada vez que Niven discurría por las calles, las personas más descaradas le observaban fijamente y, las que menos, lo hacían de manera disimulada. Niven notaba todas esas miradas que se posaban en él, y sabía exactamente la razón: su pelo blanco era usual en los más ancianos, incluso en aquellos cuyas canas habían hecho aparición más temprano, pero nunca se esperarían en un niño, y nunca de un blanco tan puro. Acostumbrado, el pequeño no dijo nada, solo agachó la cabeza y continuó caminando. A pesar de ello, su padre se dio cuenta rápidamente.

—No debes dejar que te afecte, ¿sabes? —Cuando Ilyos vio la tristeza en la cara de su hijo, se paró en seco, frenó a Niven apoyando la mano en su hombro, descansó una de sus rodillas en el suelo, y le miró a los ojos—. La opinión de los demás sobre ti no debe nunca

cambiar tu propia visión de ti mismo. Nadie en el mundo, ni siquiera yo, sabe cómo eres realmente; solo tú, hijo. No has de agachar la cabeza ni sentir vergüenza; mira al mundo a los ojos, y el mundo te mirará a los ojos a ti.

—Es fácil decirlo para ti, papá. —Niven levantó la mirada hasta encontrarse con la de su padre—. Tú eres el capitán de la guardia y todo el mundo te respeta o te teme, a mí solo me miran como a un ser extraño.

—La gente teme aquello que es distinto a lo que conocen, está en su naturaleza. Pero son las cosas más distintas las que son también más únicas…, y las más especiales.

—Pero… ¿por qué?, ¿por qué nací así? Es que no lo entiendo…

—Lo sabes de sobra, Niven, naciste con una mutación única, o eso dijeron los médicos; tu pelo y tus ojos carecen de pigmentación, y tu piel es pálida como la luna. Por ello debes protegerla del sol o te saldrán quemaduras, no lo olvides.

—Sí…, padre.

Ambos continuaron caminando por las calles hasta llegar a unos puestos que se encontraban en plena calle. Los puestos estaban bastante abarrotados, en algunos de ellos había gente en busca de un almuerzo con el que quitar el hambre; en otros, buscaban ropa de la última moda, y en uno de los locales un chico incluso buscaba un nuevo anillo para prometerse.

—¡Mamá! —Niven fue corriendo al encuentro de su madre, que se encontraba al frente de un colorido puesto de frutas y verduras, tratando de vender lo que todavía le quedaba.

Selene se giró al oír la voz de su hijo. Vestía un largo vestido que llegaba hasta su cuello, como era típico en ella. Su cabello largo y oscuro, sujetado por un pañuelo para que no le estorbase, le caía por la espalda hasta casi llegar a la cintura. Sus ojos, igual de oscuros que su cabello, eran bellos como la luna; y su mirada, profunda como la tierra.

—Hola, renacuajo —respondió su madre mientras una sonrisa aparecía en su cara—. ¿Qué haces tú aqu…?

En ese momento observó que metros detrás se acercaba su esposo.

—Oh, ya veo… ¿Se trata esto de una inspección, señor capitán de la guardia? Si es el caso, puedo mostrarle mi licencia —bromeó Selene.

—Efectivamente. —El capitán le siguió el juego. Se acercó, cogió una manzana del montón y comenzó a inspeccionarla—. Yo diría que sus productos están… en un estado no apto para su consumición.

—¿Cómo? —fingió sorprenderse Selene—. Imposible, no puede ser, déjeme comprobarlo por mí misma.

Selene se puso frente a Ilyos, con la manzana entre ambos, y empezó a olerla. Ilyos sonrió, bajó la pieza de fruta, y la besó.

—¡Puaj! —Niven puso cara de asco, se metió entre ambos y los separó con sus cortos brazos—. ¡Qué asco!

Su padre soltó una carcajada, le revolvió el pelo, y le soltó la manzana a Niven, que la cogió al vuelo. El pequeño se encogió de hombros y sonrió.

—¿Disfrutando de tu día libre? —Selene retomó la conversación con Ilyos.

—Así es, pensé que podríamos hacerte una visita tras los entrenamientos de Niven.

El muchacho se encontraba abstraído comiendo su manzana mientras contemplaba los alrededores.

—Pues has pensado bien —respondió Selene—. No hay nada que me alegre más la mañana que ver a mis dos hombrecitos.

—¡Capitán! ¡Capitán! —En ese momento, un guardia llegó corriendo hasta llegar al lugar donde estaban. Una vez allí, jadeando, se apoyó sobre sus rodillas para retomar el aliento.

—Descansa, amigo, ¿qué ocurre? —respondió Ilyos apoyando una mano en su hombro.

—Disculpe, señor, sé que hoy no está de servicio, pero el jerarca Tulno en persona nos ha solicitado su presencia para un asunto urgente. Tras hablar con el señor Alither, nos informó de que habíais venido a ver a su mujer. —Después de soltar las últimas palabras, el guardia de la ciudad, aún sudando, miró a Selene e inclinó la cabeza, a lo que la mujer imitó de vuelta con una sonrisa.

—Pues parece que mi día libre ha llegado a su fin —lamentó Ilyos dirigiéndose ahora a su mujer.

—No te preocupes, ve, yo me quedaré con Niven, si el jerarca requiere tu presencia debe ser algo importante.

Tras despedirse de su hijo y su mujer, el capitán partió de vuelta acompañado del guardia.

Niven se quedó con su madre en el puesto, viendo cómo la gente se acercaba y hablaba con ella para comprar productos. No pudo evitar fijarse que, cuando la gente se acercaba al puesto, le observaban con ojos desconfiados, como cada día, como cada semana.

—Bueno, jovencito —dijo Selene tras un rato—. Creo que va siendo hora de que partas hacia tus clases. Hoy toca Historia, ¿no es cierto?

—Sí…, ¡pero es muy aburrido! Además, el profesor Crednus no para de hablar del Pueblo Arcaico… Pueblo Arcaico por aquí, Pueblo Arcaico por allá… —Niven balanceó su cabeza mientras lo decía.

—Al menos no dice tantas groserías como Dorian.

Niven se rio, lo que decía su madre era verdad.

—Al menos Dorian no hace que me duerma…

—Ah, bueno, no te preocupes, entonces puedes volver y pegarle con tu espada a esos muñecos de paja junto Alither todo el día.

Niven miró arriba hacia su madre con una sonrisa en su cara, pero cuando entendió que sus palabras estaban cargadas de ironía, la sonrisa se borró de su rostro y su mirada bajó hasta sus pies.

—Saber defenderse es importante —le dijo su madre—. La espada puede traerte muchas cosas buenas, es cierto. Pero esto —Selene tocó con el dedo la cabeza de su hijo—, esto puede cambiar el mundo.

—Sí…, madre…

—No te metas en líos de vuelta, eh, ten cuidado.

Selene le dio un beso en la frente a su hijo y este partió en solitario de vuelta hacía el palacio.

Niven emprendió su viaje de regreso por donde había venido. No pasó ni un minuto y el joven albino ya empezaba a sentir las miradas sobre su nuca. Se paró, miró a su alrededor, y decidió que la mejor opción era atravesar los callejones que unían las grandes avenidas. Sí, lo tenía claro, en un lugar con menos personas serían menos los ojos que se posarían sobre él.

Los primeros minutos fueron bastante tranquilos, pero después comenzó a percatarse de que la vida en los callejones era muy distinta a lo que estaba acostumbrado. Gente tirada en la calle, algunos pidiendo dinero y otros borrachos; locales extraño aspecto y comercios que seguro que no pasarían una inspección de la guardia. En un principio, Niven se sintió inseguro, fuera de lugar. Sin embargo, no tardó en darse cuenta de que nadie le miraba, de que nadie se percataba de su presencia; en aquel lugar no importaba quién eras ni como era tu aspecto. No sabía explicarlo bien, pero no sintió que estuviese fuera de lugar, allí solo era un niño más, invisible. Se permitió cerrar los ojos y relajarse, hasta que…

Una pequeña figura había chocado corriendo con él. Tardó un par de segundos en percatarse de que le había robado su pequeña bolsa de monedas. Solo tenía un puñado de *flacos*, pero era su dinero, y no iba a permitir que nadie se lo quitase[1].

—¡Eh, tú! ¡Vuelve aquí!

La figura, ante el poco asombro de Niven, no se detuvo y siguió corriendo. Cubría su rostro con una capucha, pero su estatura apenas superaba la de Niven. No teniendo otra opción, echó a correr tras el ladrón. El delincuente fue capaz de colarse por los más pequeños huecos que encontraba entre la gente y las calles, pero Niven logró seguirle el rastro. No fueron pocos los que gritaron y recriminaron el alboroto a su paso, pues tampoco fue poco el caos que fueron dejando a su paso. Tras unos minutos de intensa persecución, el ladrón tropezó con un adoquín en mal estado y se fue de bruces contra el suelo, a lo que Niven aprovechó para saltarle encima, quedando tumbado encima.

---

1 En el Dominio de Annan circulaban cinco tipos de monedas: las de menor valor eran los *gordos*, llamados así debido a su peso que, hechos de plomo, resultaban incómodos de transportar. La siguiente en valía eran los *flacos*, con el doble de valor que los gordos; denominados así por la razón contraria a estos últimos, pues estaban hechos de aluminio. Los subsecuentes en la cadena, con un valor diez veces superior a los *gordos* o cinco veces superior a los flacos, eran los azules, monedas de cobre que, con el tiempo, acababan oxidándose y adquiriendo el tono que daba origen a su nombre. Diez *azules* equivalían a una *luna*, monedas hechas de brillante plata. Por último, las monedas de mayor valor no eran otras que los *soles*, monedas de oro que, con un valor diez veces superior a las lunas, solo las más altas clases llegaban a ver en su vida.

Tras forcejear un poco, la capucha cayó y descubrió la cara del ladrón. Niven vio que se trataba de una niña, una cría de una edad similar a la suya. El pelo enmarañado le caía hasta los hombros, como a Niven, pero en lugar de ser blanco como la nieve, era tan oscuro como la noche. Los ojos, verdes, contrastaban con su apagado cabello e iluminaban su cara como dos esmeraldas. Una laguna de pecas inundaba su piel pálida a lo largo de toda su nariz y parte de las mejillas, y una pequeña cicatriz atravesaba el labio de la ratera. Llevaba atuendos simples, con roturas en distintos puntos, y unos guantes de ladrona que le cubrían toda la mano menos los dedos.

Aún sorprendido por la revelación de la delincuente, Niven se descuidó y esta aprovechó para golpear su rostro con un puñetazo, haciendo que cayese hacia un lado. La chica se levantó y, cuando se disponía a empezar a correr de nuevo, fue sujetada de las piernas por Niven, que se encontraba con una rodilla en el suelo.

—¡Para, ya basta, devuélveme mi bolsa!

—¿Ah sí? ¿O qué harás? —se burló ella.

—Te llevaré ante la guardia.

—Sí, claro, puedes intentarlo si quieres.

Niven miró alrededor y vio que la poca gente que había en el callejón no prestaba ninguna atención a la situación que tomaba lugar.

—¡Espera! Te pagaré.

—¿Me vas a pagar… para que te devuelva tu bolsa… de dinero? Eso no tiene sentido. —La ladrona soltó su pie y se dio la vuelta—. Bonito pelo, por cierto.

Niven, ante la burla, se levantó con furia y se lanzó a por la chica, yéndose de nuevo al suelo.

—¡Además de ladrona, vacilona! —gritó Niven mientras peleaban en el suelo.

—¡No es burla, imbécil! —La ladrona extendió su mano, empujando el rostro del chico—. ¡Me gusta tu pelo!

Niven, que de nuevo se encontraba encima de ella, paró en seco.

—¿Ddd… de verdad? —tartamudeó.

—¡Sí! —La ladrona lo empujó y los dos se levantaron, pero esta vez no huyó—. Está guay, es diferente. En fin, aquí tienes tu dichosa bolsa. —La chica le lanzó la bolsa y le extendió su mano—. Soy Asha, por cierto.

Niven cogió su bolsa y se quedó mirando a la chica con desconfianza. «Pero ¿qué está haciendo?», se preguntó el albino mientras la miraba. «¿Me acaba de robar y ahora quiere darme la mano?». Finalmente, Niven aceptó y estrechó la mano de la chica.

—Niven, un placer, supongo…

—Igualmente —sonrió la chica—. ¿Y qué haces aquí, Niv?

—¿Niv? ¿cómo que Niv? Nadie me llama así.

—No sé —Asha se encogió de hombros—, Niven me parece un poco feo, así que me gusta más Niv.

—En fin… —suspiró Niven mientras ponía los ojos en blanco—. Tampoco es que sea de tu incumbencia, pero solo estaba volviendo a casa para la clase de Historia.

—¿Clase de Historia? Vaya, parece que me he cruzado con un señorito de alta cuna.

—No soy de alta cuna, imbécil, pero mi padre es el capitán de la guardia y por ello tenemos derecho a ciertas cosas si lo queremos.

—¿El capitán Ilyos? —se sorprendió Asha—. Los guardias suelen ser un poco zopencos, pero tu padre parece un buen hombre, la verdad, hasta los delincuentes le respetan. En fin, Niv, ha sido un placer, puede que nos volvamos a encontrar, quién sabe. —Asha esbozó una media sonrisa mientras se alejaba de espaldas, hasta que finalmente se dio la vuelta y se escabulló por otro callejón.

Niv se quedó ahí parado durante varios segundos en los que, sin darse cuenta, una sonrisa fue apareciendo. Al fin, unas palabras escaparon de su boca.

—Adiós, Asha.

CAPÍTULO 3

LECCIONES

—Buenos días, Niven, ¿preparado para una nueva lección?

Una mañana más, el muchacho se encontraba frente al veterano en el patio de armas. Niven había llegado tarde a la clase de Historia el día anterior y, aunque había pasado la tarde con su madre, su padre no había vuelto hasta por la noche. Había escuchado a sus padres hablando y discutiendo sobre algo en su habitación. Algunas palabras llegaron a los oídos de Niven: «[…] habitantes del bosque […]» dijo su padre, «[…] ¡debemos hacer algo!» gritó su madre, «¡[…] habrá sido para nada!» respondió su padre. Tras ello, el sueño invadió los ojos de Niven y despertó al día siguiente para ir a su entrenamiento diario.

—Buenos días, maestro Alither. Siempre estoy preparado, ¿qué haremos hoy?

El maestro no respondió, simplemente entregó a Niven su pequeña espada roma. Él, en lugar de coger la suya propia, cogió un simple palo, de una altura similar a la suya, recto y bien tallado, aunque sin punta.

—Cuando estés preparado, ataca.

—Sabía que estabas mayor, maestro, pero no como para que necesitases un bastón —se burló Niven—. Sé que mi espada no tiene filo ni punta, pero al menos es un arma de verdad.

Alither no respondió, simplemente se quedó de pie y repitió:

—Cuando estés preparado, ataca.

Entonces, el pequeño espadachín se acercó a Alither, que ahora, en lugar de sostener el palo como un bastón lo hacía como una lanza. En cuanto Niven se acercó, la punta del palo impactó con el pecho del muchacho.

—¡Auch!

El peliblanco intentó arremeter contra su maestro, pero cada vez que intentaba aproximarse, el palo, debido a su mayor alcance, se interponía en su camino y le impactaba. Viendo que no conseguía acercarse, Alither empezó a lanzar pequeños golpes con la punta de la madera. A pesar de tratar de retroceder, Niven no consiguió esquivarlos a tiempo y, aun sin tener punta, cada golpe en su cuerpo se sentía como un futuro moratón.

—¡No vale! —reclamó el joven—. Es imposible que pueda ganarte, mi espada es demasiado corta. ¡No es justo!

—¿Qué pasa, acaso un viejo con bastón puede contigo? —se burló ahora Alither—. Hagamos una cosa, intercambiemos las armas.

El maestro cogió su propia espada roma y entregó al chico un palo igual que, a pesar de ser algo más pequeño que el que él había usado, prácticamente doblaba en alcance a su espada.

—Muy bien, cuando estés preparado, ataca —dijo Niven imitándole.

Alither sonrió. Se acercó hasta la punta del palo, aunque sin sobrepasar su guardia. Se limitó a andar de un lado a otro, midiendo la distancia y dando pequeños golpes al palo con su espada. Cansado de esperar, Niven arremetió él mismo con la punta de su arma. En lugar de intentar alejarse, Alither se abalanzó sobre el palo y se echó a un lado. Agarró con su mano libre la madera y con su arma golpeó al muchacho en el brazo, que no tuvo más remedio que soltar su arma.

—¿Has entendido lo que ha pasado?

Niven, aún resentido de su brazo, no sabía muy bien qué responder.

—Te lo explicaré —dijo Alither—. Todo tiene sus propias ventajas y desventajas. La clave está en usar tus puntos fuertes y aprovechar las debilidades de tu enemigo. Dale a un guerrero una lanza y deja que se enfrente a un lobo. Puede ser que venza, pero enfréntale con esa misma lanza a un enjambre de abejas y la lanza solo será una carga. Ese mismo guerrero puede correr y buscar refugio de los insectos en las aguas, pero quedará indefenso ante las criaturas marinas. Lo que quiero decir con esto, Niven, es que no des por hecho que algo es bueno o malo, todo dependerá de la situación… y de cómo lo uses a tu favor. Recuerda, el fuego que te calienta en invierno es el mismo que podría quemarte si te descuidas.

Niven esta vez, no hizo ningún comentario al respecto, tan solo asimiló las palabras y las guardó para su interior. Fue a buscar el palo grande, se lo entregó a su maestro, y cogió su pequeña espada. El maestro estaba confundido, pero entonces miró al pequeño y solo escuchó unas palabras:

—Otra vez.

El maestro, orgulloso, se puso en posición.

—Ah, y una cosa más —dijo Alither—. Recuerda que las lecciones del combate no solo sirven para pelear.

Niven no respondió. Las prácticas continuaron a lo largo de la mañana.

Una vez terminó, Niven volvió a su casa. El entrenamiento se había alargado, así que su lección del día comenzaría en breve. La de ese día era su favorita, en la que estudiaban los animales y *krell* [2] conocidos. Sin embargo, cuando llegó a su hogar para prepararse se extrañó por encontrar allí a su padre y su madre, frente a una chimenea en la que ya solo quedaban unas pocas ascuas y cenizas. La estancia estaba construida en su mayoría de piedra y mármol, como gran parte de los edificios del palacio.

—¿Padre? ¿Hoy también tienes el día libre? —preguntó el chico—. ¿Y tú, madre? Creía que estarías en el mercado.

—No exactamente, pequeño —le respondió ella—. Ven, tenemos que contarte algo.

Niven se acercó con paso dubitativo.

—Hijo, tu madre y yo estaremos fuera durante unas semanas —dijo ahora Ilyos con tanta serenidad como seriedad.

Selene, sin esperar a la respuesta de su hijo, habló:

—A tu padre le han mandado en una misión de imprevisto, debe ir a investigar unos ataques de un grupo de gente, los habitantes del bosque. Parece ser que han estado asaltando algunas caravanas de Lumen en pequeñas escaramuzas.

2 Los *krell*, a diferencia de los animales, eran criaturas que poseían un odio irracional hacia las personas y entablaban combate sin pensarlo. La mayoría poseía una dura piel que se asemejaba a la piedra o a robustas escamas, y en numerosas ocasiones contaban con cuernos, astas o colmillos que usaban para la defensa y el ataque.

—Pero los habitantes del bosque son nómadas, no lo entiendo, ¿cómo vais a saber dónde están?

—Veo que has estado atendiendo a tus clases —le dijo su madre—. Al parecer hay algunas pistas que seguir.

—Sigo sin entenderlo… Papá, tú eres guardia de la ciudad, nunca sales de Lumen en misión, para eso está el ejército, ¿no? Y tú, mamá, ¿por qué vas? No eres una guerrera.

—Yo tampoco lo entiendo, hijo —dijo Ilyos—. Pero son órdenes del jerarca, quiere que me encargue yo de este cometido. Tu madre ha insistido en venir, dice que nadie conoce los bosques como ella y, para ser justos, no le falta razón, sabes que se crio fuera de la ciudad. Además, ya conoces que cuando se le mete algo en la cabeza, no hay quien le haga cambiar de opinión.

—Exacto —dijo su madre con una sonrisa—, no hay más que hablar. Mientras estemos fuera, el maestro Alither y el mismo jerarca Tulno se encargarán de ti. Además, así podrás pasar más tiempo con Arno[3].

—Está bien… —Niven sabía que nada de lo que dijera cambiaría nada, de modo que se despidió de sus padres con un fuerte y cálido abrazo.

—No te metas en líos, pequeño guerrero—dijo su padre.

—Tu tampoco, papá.

—Adiós, renacuajo —se despidió su madre, siempre con una sonrisa.

Niven la miró y, sonriendo también, soltó una lágrima que recorrió su mejilla hasta romperse en el suelo.

---

3 A decir verdad, Arno era lo más parecido a un amigo que tenía Niven. El hijo del jerarca tenía su misma edad, y eso, junto a la posición de su padre, hacía que pasasen bastante tiempo juntos. Pese a ser el único hijo del jerarca, la realidad era que Arno no se consideraba superior, y por ello Niven le apreciaba. Su madre había muerto en su parto, y el jerarca Tulno siempre estaba ocupado con los asuntos que concernían al Dominio de Annan. Por otro lado, la mayoría de los padres del palacio eran cautos con sus hijos y solían preferir que no se juntasen con el hijo del jerarca, ya que preferían evitar cualquier posible percance que pudiese suscitar la ira de Tulno, que era conocido por su firme (y no demasiado compasivo) carácter. Por suerte para Niven, a sus padres nunca les había importado esto, y por ello había disfrutado siempre de su compañía.